



LA NOVELA ILUSTRADA

PUBLICACION PERIÓDICA ECONOMICA

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
N.º corriente, 15 cént.; N.º atrasado, 25
A los correspondientes, mano de 25 ejemplares, 2,50
pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 10 de Marzo de 1885

Se admiten suscripciones en toda España abonando anticipadamente 24 ejemplares, por 3 pesetas.—La correspondencia, reclamaciones y pedidos al administrador D. GUILLERMO OSLER, Espíritu Santo, 18, Madrid.



LA INOCENTE JULIANA

POR
E. R. de la Cuesta

E de la Cuesta

La puso el abrigo...

LA INOCENTE JULIANA

POR

F. F. DE LA CUESTA



igúrense Vds. que la chica, que acababa de llegar á Madrid de las montañas de Santander, no había conocido más sociedad que la de sus abuelos y la de algunos pobres pastores de la comarca, cuya ignorancia primitiva les hacía creer que no había más mundo que sus empinados peñascos y las dos ó tres aldehuelas que se veían al pie de la sierra.

¡Si sería inocente Juliana!

Una ciega de los ojos morales, que diría un rebuscador de pensamientos poéticos.

Tenía diez y ocho años, era morena, con grandes ojos negros, de contestura robusta y con promesas de llegar á ser una pasiega de esas que *se meten por los ojos*, por la exuberancia de formas, al que va á buscar nodriza entre las sanas y frescotas hijas del Pas.

Las rudas faenas del campo, las inclemencias del sol, de la lluvia y de la nieve, bajo las cuales trabaja ba sin cesar desde niña, habían curtido su cutis y embastecido sus manos, y la falta del opresor corsé permitía á su talle desarrollarse á placer bajo los burdos harapos que lo cubrían.

Sin embargo, cualquier observador de bellezas en bruto hubiera comprendido que aquel rostro tostado, sometido á un tratamiento constante de tocador, podría llegar á ser un lindo rostro moreno; que no faltaban facciones perfectamente regulares; que aquellas manos, cuidadas y pulidas, con el jabón fino, el *cold-cream* oloroso y la pasta oleaginosa á la miel, rivalizarían con las de cualquier dama sin sabañones ni grietas; que aquel talle que ceñía la cinta del delantal casi por debajo de los brazos, alargado, moldeado y comprimido por un buen corsé-faja, se estrecharía, haciendo resaltar la anchura hercúlea de sus hombros y la exuberante morbidez de su seno; que su andar, pesado y sin gracia, se haría más ligero y gallardo cuando diese la cesantía á los enormes zuecos de madera rellenos de paja, y los sustituyese por unas botitas imperiales ó por unos zapatitos de charol de tacón torneado, y redondo madroño de seda en el empeine.

En fin, que Juliana era materia moldeable, de la que podría salir una Venus de salón, á poco que el más hábil de los escultores, la *Moda*, la diese unos cuantos golpes de cincel desde el pelo hasta los pies.

Tenía la voz fresca y vibrante, y aunque de lenguaje tosco, no carecía de gracia al hablar, sobre todo si acompañaba á la palabra la sonrisa, que dejaba ver dos hileras de dientes, blancos como piñones enconfitados.

Sucedió que Juliana, que desde muy niña perdió á sus padres, y que vivía, como hemos dicho, con sus abuelos, vió bajar á éstos á la tumba en menos de un año, quedando en la tierra sola como un hongo y sin tener sombra alguna donde cobijarse, porque los

aldeanos de la comarca eran harto pobres para poder mantener moza de tal calibre, que era capaz de comerse la ración de cualquier familia entera de las que habitaban la montaña.

Acordóse entonces que su abuelo había guardado en una vieja cartera, en la que conservaba varias reliquias de santos, revueltas con habas para curar la erisipela y algunas otras cosas notables, un cartoncillo decía ella, que le dejó una señorita muy guapa, que en compañía de un elegante caballero visitó la montaña el verano anterior, y donde sabía constaban su nombre y señas en Madrid, por las que podía dirigirse, si alguna vez el viejo iba á la corte, cosa tan improbable como que un australiano de los bosques pueda hacer un viaje de recreo á Londres.

Juliana buscó la cartera y, en efecto, halló dentro de una de sus bolsas la tarjeta, perfectamente blanca y aun saturada de un delicioso olor de esencia de heno.

Provista de aquel documento, y hecha su resolución, vendió en veinticuatro horas cuatro cabras y una vaquilla que la dejó su abuelo como única herencia; despidióse del dueño del pedacillo de tierra y de la choza que tenía arrendados el viejo, y haciendo un lío de sus cuatro trapos, que ensartó en la punta de un palo, fué á Reinosa, y allí tomó el tren para Madrid, donde llegó sin novedad, alojándose en una posada que la indicaron, cerca de la puerta de San Vicente.

Como estas chicas de la montaña son bastante reacias para no necesitar de descanso después de un largo viaje, aquel mismo día, auxiliada por un muchacho, hijo del posadero, fué á buscar á la señorita que conoció un día, y que por cierto recordaba se relamió de gusto con la sopa de ajos y el cuchifrito de borrego que ella la aderezó y con el vaso de leche de vacas que la sirvió por la tarde, antes de regresar á Santander, después de la excursión que había hecho en compañía de un caballero, que ella recordaba con sumo placer, como que jamás había visto otro tan guapo y tan bien vestido.

La señorita en cuestión, según rezaba la tarjeta, se llamaba Araceli Vinuesa y Alcalde, y vivía en un hotel de la Castellana, cuyo número y señas no nos ha suministrado quien lo hizo de los apuntes para esta historia contemporánea.

El chico del posadero, que era un gatera muy listo la dirigió tan perfectamente, que á la hora de haber salido de la posada, ambos se bajaban del tranvía del Hipódromo á la puerta misma del hotel de la señorita Araceli.

Lo primero con que topó la muchacha al entrar por la puerta de la verja que cerraba el *parterre* que rodeaba el aislado edificio, fué con un portero galoneado, que la cerró el paso.

—¿Qué te se ofrece, chica? preguntó el centinela avanzado de aquella elegante fortaleza.

—Quiero ver á la señorita, contestó Juliana.

—Pues dime quién eres para que se lo diga al lacayo, y que éste se lo diga al mozo de comedor, para que le pase recado á la doncella y que ésta le anuncie tu nombre.

—¡Oh! y cuánta gente para decirle á la señorita que soy yo, exclamó ingenuamente Juliana.

—Pero eso es lo que falta, replicó el portero, saber quién eres tú.

—¡Toma! yo... ¿Pues no me conoce la señorita? Juliana, la nieta del tío Ambrosio.

—Y con que le diga eso bastará, ¿muchacha?

—Ya lo creo, ¡hombre! Y si nó, dígame Ud que es la que le guisó el borrego en la montaña de Santander, un día que comió en mi choza.

—Vaya, bueno; ya esas señas son mejores y más claras.

Mira, Antón, continuó dirigiéndose al lacayo que pasaba con un cubo de agua para limpiar el carruaje, entérate de este recado, y se le das á Francisco para que Ana lo trasmita á la señora.

Enterado Antón del recado, dejó el cubo en el suelo, llamó á una campanilla y desde aquel momento quedó transmitido el parte á las estaciones intermedias.

Una hora después Ana se asomaba al balcón y gritaba al portero:

—¡Eh! Perico, dígame Vd. á esa chica que suba por la escalera de servicio.

Perico acompañó á Juliana hasta el pie de la escalera, diciéndola al llegar á ella:

—Sube, toma el pasillo de la derecha, y en llegando á la cocina, pregunta por Ana. Lo demás ella lo hará.

Subió en efecto, Juliana, quedando abajo el chico del posadero que se obligó á esperarla para acompañarla á la posada.

No tuvo que preguntar Juliana por la doncella, porque ésta ya la aguardaba en el pasillo.

—Ven por aquí, chica, la dijo yendo delante de ella; y atravesando varios gabinetitos lujosamente amueblados, llegaron á la puerta de una habitación cubierta por un magnífico cortinaje de raso grosella con encajes blancos.

—Señora, dijo Ana levantando la cortina, la chica que anuncié á usted.

—Díla que pase, y déjanos.

—Pase usted, dijo Ana á la muchacha, que se creía trasportada á un palacio encantado de los que le habían hablado en los cuentos de reyes moros que formaban parte de los eruditos conocimientos de los agrestes moradores de la montaña.

Araceli acababa de levantarse de la cama, según su costumbre á las dos de la tarde, y á la sazón estaba delante del tocador, vestida con un elegante *matinée* de raso blanco adornado de preciosos encajes crema y se entretenía en deshacer la multitud de ricitillos presos por horquillitas prensadoras durante la noche.

Era una linda joven de veintidos á veinticuatro años, que había tenido el cabello castaño y ahora lo tenía rubio como el oro, merced á no sabemos qué procedimientos químicos empleados para el caso. Su tez fina, morena y pálida, esperaba en breve otra serie de manipulaciones que la devolvieran el color blanco y sonrosado que ostentaba la víspera, y que había transformado... el roce de la almohada, implacable enemiga de los colores artificiales.

El gabinete era un hechicero *boudoir*, amueblado con gusto verdaderamente oriental, y en el que se veían en encantador desorden ricos divanes bordados de sedas y oro grandes almohadones, esparcidos por el suelo, rellenos de plumas de edredón, veladores de malaquita con primorosos juguetes de china, y uno de ellos ostentando una magnífica pipa turca de largo tubo de seda roja, rodeada de preciosos frascos llenos de aromático tabaco, una purera de plata cargada de vegueros y varias cajetillas de la Habana, no siendo esto tan sorprendente como el conocimiento de que todo este tren de fumigación era del uso exclusivo de la *huri* de aquél serrallo unipersonal, á quien, entre otros, dominaba sobre manera el vicio del tabaco.

—Entra, entra, Juliana, dijo Araceli á la muchacha; y sin dejar su ocupación, y mirando á la absorpta joven que se había colocado detrás de ella frente á

la luna que reproducía las imágenes de las dos mujeres, la preguntó con cariñoso acento:

—¿Y qué os trae por Madrid? porque supongo habrás venido con tu abuelo, aquel viejecito que ordeñó la vaca, de la que me serviste el vaso de leche más rica que he tomado en mi vida.

—Mi abuelo ha muerto, señorita, contestó Juliana; y como no tengo á nadie en el mundo, me dije: pues me voy á Madrid; veré á la señorita que nos dejó la cartulina con sus señas, á ver si me quiere tomar á su servicio ó me busca una casa buena, y me he venido sola desde la montaña á ver á usted.

—¡Pobre muchacha! exclamó Araceli.

Y volviéndose hacia ella la preguntó:

—Vamos á ver, ¿y tú qué sabes hacer? Porque aquí los criados necesitan ser muy listos, y el que no corre, vuela.

Sabes lavar, planchar, coser... ¿qué sabes tú hacer?

—Yo señorita... nada, en verdad sea dicho. Trabajo mucho, pero lo que es cosa de primores...

—Bien, te quedarás para la limpieza de la casa, irás aprendiendo... porque es preciso que aprendas á vivir en Madrid, ¿oyes? Que te se agucen los sentidos y no te tengan por tonta.

—Bueno, señorita, yo aprenderé, yo aprenderé.

—Sí, falta te hace, porque tú pareces muy inocentona, y yo necesito alrededor gente que sepa si es preciso más que yo, ¿oyes?

—Bueno, señorita, yo procuraré despertarme.

—Ea, pues lo primero es que te vistas algo mejor. ¿Traes ropa?

—La de la montaña... poca, y mala.

—Entonces te se hará á cuenta de tus salarios. Ganarás seis duros, y todos los meses te desquitaré algo para pagar tu ropa, ¿eh?

—Como usted quiera, y muchísimas gracias, señorita.



A los dos meses de haber entrado Juliana al servicio de Araceli, estaba desconocida físicamente. Era una morenita preciosa, de lindo talle, de pulidas manos y de pies breves, peinada á la moda, encorselada como un figurín y montada sobre dos tacones de media cuarta.

¿Y para limpiar la casa tanta compostura? se dirá.

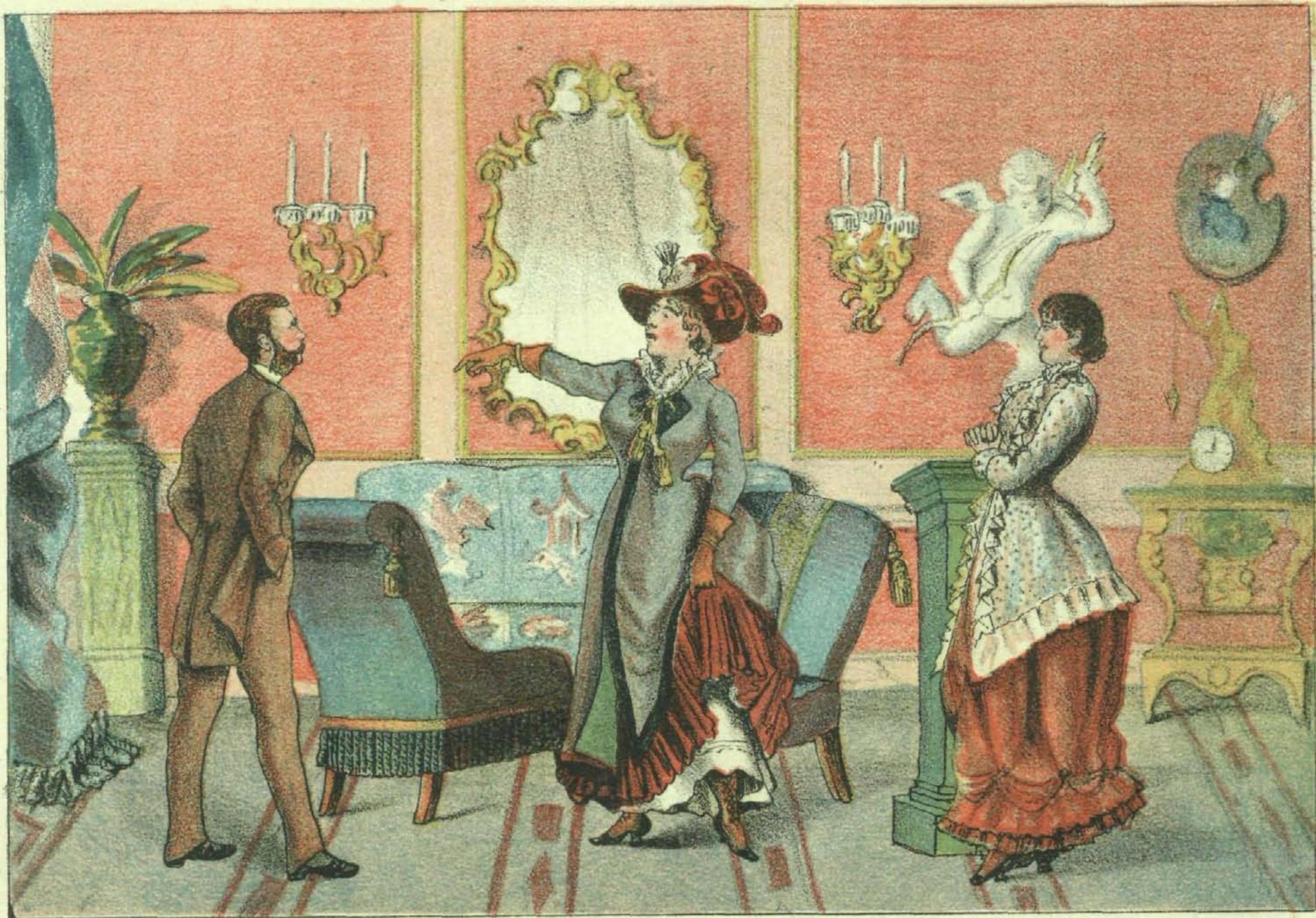
Pues no señor, porque Juliana había obtenido un ascenso en su carrera. Ana la doncella, había salido de la casa y Juliana ocupó la vacante.

Era la doncella de la señorita Araceli.

Veamos ahora quién era Araceli.

Pues nada, era... una entretenida de cierto personaje político muy rico; una de esas *demie mondaines* que van empezando á ser en Madrid objeto indispensable de lujo para todo caballero que desea pasar por persona *decente*, como antes pasaba por decente el que ocultaba con exquisito cuidado estas debilidades ó aficiones por el bello sexo.

Araceli pasaba por una de las mujeres más ele-



—Echa inmediatamente de mi casa a esta mujer...

gantes de Madrid, no la faltaba talento para animar un té de los que frecuentemente daba á los amigos de su *caballero*, que distraído con la política, los azares de la Bolsa y las nocturnas impresiones del casino, no sabía, ó aparentaba no saber, que Araceli solía distraer sus soledades de modo que no tuviera que echar mucho de menos las ausencias de su *pagano amigo*.

Juliana creíala unida legalmente con el Sr. X... porque educada en la casta inocencia de las montañas, donde aún no ha subido el nivel de perversidad de nuestras civilizadas costumbres, aunque indirectamente los criados solían hacer alusiones al estado equívoco de su ama, ella no comprendía una jota al principio, y sus inocentes salidas eran motivo de risa y chacota de parte de sus compañeros de escalera arriba.

Dióse buena maña en aprender ciertas delicadas ocupaciones domésticas; peinaba á la señora cuando Ana estaba ocupada en otros quehaceres; limpiaba con pulcritud las habitaciones y los vestidos de su ama, y estos servicios la pusieron en aptitud de ascender cuando Ana se despidió de la casa.

Posición delicada es la de una doncella de una mujer *galante*, vulgo *de trapisonda*, y la ingenuidad de Juliana tenía tantos inconvenientes como ventajas para Araceli; porque así como sus pasos en las escabrosidades de la intriga amorosa no daban que sospechar á la inocente doncella, así era de temer que cometiese alguna indiscreción que para Araceli tuviese desastrosos resultados.

Fué necesario descorrer de sus ojos el velo y ponerla en antecedentes, cuya consecuencia debía ser exigirla un sigilo absoluto.

Cuando penetró el misterio de aquellas visitas que su ama recibía, y sobre las cuales se le pedía la mayor reserva, hizo exclamaciones tan cándidas, que pusieron en cuidado á Araceli, á quien no gustaba el puritanismo de la montañesa.

—Mira, la dijo un día; tú eres nueva en Madrid é ignoras lo que aquí sucede en cada casa. Es preciso que no seas tan bestia, que te despables y aprendas á vivir en la corte. Aquí, la que no es avisada y no sabe estudiar y conocer el mundo, tiene que marcharse, porque está demás.

—Yo, señora... estudiaré... conoceré ese mundo, y descuide Vd., que sabré acomodarme á sus costumbres.

—Pues es claro, mujer, replicaba Araceli. ¿Qué te figuras que era yo antes de ser una señora con cochés y criados y palacio y ricos trajes? Una pobre muchacha como tú, que vine á Madrid vendiendo hortalizas de Fuencarral, y poco á poco fui conociendo esto; y... en fin, que me ingenié de suerte, que aquí me tienes.

¿Ves?—continuaba—pues el amo tenía aquí á una mujer más guapa que yo; le puse los puntos, la desbanqué, riñó con ella y me quedé en su lugar. Nada, es preciso que dejes tu rudeza campesina, que aprendas á vivir, empezando por servir bien á tus amos, sin hacer esas exclamaciones de tonta cuando ves algo ó te digo algo á que no estás acostumbrada; y si algún día hallas un buen acomodo con una persona decente que te quiera, no seas imbécil, y aprovecha la ocasión.

Juliana oía todo esto con la boca abierta. Acostumbrada á los buenos consejos de sus abuelos y á los puros ejemplos de moralidad que veía en las familias montañesas, para ella eran aquellas teorías tan nuevas que su cabeza se trastornaba, empezando á confundirse en su razón las ideas de lo bueno y de

lo malo, acabando, como casi siempre sucede en los espíritus débiles é ignorantes, por triunfar el mal del bien.

Juliana llegó á creer que había sido un animal toda su vida; que sus abuelos fueron unos pobres ignorantes, cuyas ideas no podían ser tan justas y razonables como las de aquella señora instruída en las cosas del mundo, y tras de este primer triunfo del mal sobre su razón, vinieron á llamar á su dormida conciencia todas las pasiones, desde la lascivia hasta el amor al lujo y al bienestar que veía disfrutar á la que en otro tiempo fué una pobre campesina como ella.



Aconteció que aquel verano proyectó Araceli un viaje de recreo por Italia, Suiza y Alemania, al que suponía la acompañaría X... como en otras excursiones veraniegas; pero la mujer propone y los asuntos disponen, y lo que propuso Araceli á X... no fué por éste acogido con agrado, porque justamente se hallaba en unas circunstancias difíciles, de las que esperaba triunfar permaneciendo en Madrid.

Vivamente contrariada Araceli, sufrió algunos ataques de nervios y otras indisposiciones eminentemente femeniles, que no enternecieron á X... lo más mínimo.

Pero capricho de querida, es ley que se cumple por cima de todas las oposiciones, y era imposible que, hecha la resolución, Araceli cejara un punto de ésta.

Su médico, cómplice de sus caprichos, aseguró necesitaba respirar los aires del extranjero para restablecer el equilibrio en su desnivelada salud, porque por lo visto, hay aires fuera de la patria de maravillosas condiciones de salubridad, y como no pueden fabricarse como las aguas azoadas de Panticosa, las de Carratraca, Vichy y tantas otras que la química moderna ha compuesto para casos de imposibilidad de tomar las naturales, de aquí que se impone la necesidad del viaje cuando el médico aconseja la aspiración de estos benéficos aires, que no se dignan visitar nuestra atmósfera.

X... no opuso resistencia al precepto facultativo por lo que toca á permitir el viaje de Araceli; pero insistió en su resolución de permanecer en Madrid.

Decidióse que Araceli se uniría á una caravana de turistas de su sociedad, que marchaba á Italia.

Antes de partir, confió á Juliana la casa, encargándola muy especialmente el cuidado de sus vestidos para que los librase de la polilla, y de sus alhajas que la confió, bien segura de su honradez.

—Tú eres muy bestia, la dijo; pero no estás picardeada, y en tí pongo toda mi confianza; es preciso que aprendas á vivir en Madrid y antes que nadie te en-

gañe, procura engañar tú; no vayas á fiarte de algún tuno durante mi ausencia ¿eh?

—¡Ah! no señora, contestó Juliana, ya voy aprendiendo á saber dónde me aprieta el zapato, y sus lecciones de Vd. me han servido de mucho para vivir en la corte.

—Me alegro; á ver si cuando yo vuelva por Septiembre te encuentro más despierta, y veo que has sabido aprovechar el tiempo.

—Descuide Vd., señorita, que yo haré todo lo posible por dar á Vd. gusto.

Partió Araceli y Juliana quedó, como si digéramos, de ama de gobierno en la casa.

El Sr. X... que por razón de sus acupaciones más ó menos lícitas, y por las necesidades de la política, apenas si paraba alguna que otra noche en el hotel de la Castellana, una vez cerradas las Cortes donde ocupaba un puesto en los escaños como diputado, y trasladadas las principales bancas á la frontera y al extranjero, se aburría soberanamente en Madrid desde que anoecía, y al mismo tiempo el calor le empujaba á la fresca morada de la Castellana, donde encontraba aire respirable, jardín ameno y otras confortables comodidades, de que carecía en la fonda, donde solía en meses anteriores concluir las horas de la noche y parte de las del día, al cerrarse todos los centros á que acostumbraba concurrir.

Así es, que apenas oscurecía, hacíase conducir al hotel, donde, en traje ligero, pasaba las noches en conversación con algunos amigos que le acompañaban, hasta que éstos iban retirándose, y entonces dedicábase á leer un rato en un cenadorcito del jardín, donde cenaba, y desde allí se iba á la cama.

Juliana era la encargada de servirle la cena y de prepararle la habitación donde dormía.

Al principio X... como hombre preocupado con sus negocios, no se había absolutamente fijado en el físico de aquella chica, que con los ojos bajos y honestos modales le servía.

Pero está visto que la ociosidad es madre de muchas cosas, y abuela de muchas otras, y ea la que vivía X... durante las noches de aquel estío, debía ser productora de imprevistos sucesos.

Una noche en que había cenado perfectamente en su cuarto, porque una tempestad, inundando por la tarde el jardín, hacía peligrosa la estancia en el cenador, X... casi tendido en una ligera butaca de bambú y paja, saboreaba un veguero mientras Juliana quitaba de enmedio el servicio de la cena.

Entonces, por primera vez X... fijó sus ojos en la montañesa, diciendo para sí, como sorprendido por un descubrimiento nuevo:

—¡Calle! pues es muy guapa esta chica.

Luego, dirigiéndose á ella en voz alta, continuó:

—¿De dónde eres, muchacha?

—De la montaña de Santander, señor, contestó ella con modesto acento.

—¿Y hace mucho que estás al servicio de la señora?

—Unos ocho meses... ¿No me ha visto Vd. aquí hace tiempo?

—Sí, en efecto; pero no había reparado, francamente en que eres una real moza.

Juliana no contestó á este piropo, y siguió en su faena.

—Pues sí señor, continuó X... eres muy bonita y vistes bien. ¿Y qué sueldo te da tu ama?

—Diez duros, señor.

—Poco es para que puedas hacer ahorros para casarte; porque supongo que no te faltará un novio.

—Yo no tengo eso, señor; á mí nadie me quiere.

—¡Holal! pues no será porque no lo merezcas.

—¿Quieres que yo te busque uno?

Juliana se echó á reír y contestó:

—Como el señor quiera!

—Tú lo querrás, supongo, joven y rico...

—Soy una pobre sirvienta y nadie que tenga dos pesetas habrá de fijarse en mí, mucho menos casarse conmigo.

—Por vida de... si á tí lo que te falta es aderezo para parecer una señorita elegante...

—Calle Vd. señor, si soy una palurda de tan mala facha.

—¿Cómo palurda? A ver, veamos lo que pareces vestida de señorita.

—¿Qué dice Vd?

—Sí, calla y déjame hacer.

Y X... se levantó, abrió uno de los roperos de Araceli y de él tomó un rico abrigo de terciopelo

—Ven, ven aquí delante de este espejo. Quitate el delantal y ponte esta falda de seda.

Y diciendo y haciendo, X... desató el delantal de Juliana, le echó por encima del vestido la falda de gró guarnecida de encajes, púsola sobre ella el abrigo, y tomando del ropero una linda capota de terciopelo grana, se la puso á Juliana, que, encantada con el disfraz, ayudaba á X... á esta extraña *toilette* improvisada.

—¿Eh? ¿qué tal? ¿Eres la misma? A ver, anda un poco que yo te vea.

Juliana dió algunos pasos procurando imitar el contoneo de una elegante.

—Divina, divina, exclamaba X... Siéntate en esa butaca... así, ahora esta piel sobre las rodillas: en un carruaje descubierto tirado por dos caballos, una duquesa. Y luego dirás que no hay rico que te quiera.

—¡Vaya señor, Vd. se chancea! Como yo no puedo vestir estas galas, ni dejarme ver en coche descubierto tirado por dos caballos, nunca podría ese rico saber que vivo yo en el mundo.

—¿Qué no? Pues suponte que ya te ha visto, que te encuentra encantadora, y que te pide que le quieras, ¿qué harías tú?

—Pero como eso no es verdad...

—Pues supón que lo es. ¿Qué le contestarías?

—Sin conocerle no sé que le iba á decir.

—Vamos, supón que soy yo ese rico, que te digo que te quiero y que me gustas muchísimo. ¿Qué me contestas?

—Que Vd. quiere á otra, y que no puede quererme á mí.

—Pues sigue suponiendo que no quiero ya á esa otra que se marcha á volar por esos mundos de Dios con otros amigos, dejándome aquí expuesto á que tus ojos me enamoren y me hagan olvidarla

Juliana quedó pensativa un rato. Después se levantó y sin contestar á la última pregunta de X... empezó á despojarse del sombrero y del abrigo que la abrumaba, encendiendo más aún los lindos colores de su moreno rostro.

X... seguía todos sus movimientos. Cuando la vió con la falda de seda solamente que cuadraba mal con el cuerpo de limpio percal del vestido propio, alcanzó un peñador de raso color rosa, y le ofreció á Juliana diciéndola:

—Ponte esto.

—¿Para qué, señor?

—Póntelo, mujer, y compláceme.

Juliana obedeció. ¡Se veía tan linda con aquellos atavíos!

—Ahora siéntate ahí, enfrente de mí y respóndeme.

—¿Quieres ser tú la señora de esta casa?

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Pero, ¿y la señorita?

—¡Bah! ya hallará acomodo con alguno de sus compañeros de viaje.

—Pero señor...

—Nada, respóndeme, ¿quieres ó no quieres? Juliana reflexionaba.

Por su memoria cruzó una frase de su ama que se le había quedado muy impresa:

«Si algún día hallas un buen acomodo con una persona decente que te quiera, no seas imbécil y aprovecha la ocasión.» la había dicho su ama. Y luego recordando su despedida, repetía mentalmente:

«A ver si cuando yo vuelva por Septiembre, te encuentro más despierta y que has sabido aprovechar el tiempo.»

Hechas estas reflexiones, dijo en voz alta á X...:

—Y quién me asegura que cuando venga la señorita...

—¿No vuelve á sustituirte?

—¡Justo!

—Yo, que desde ahora te pongo en posesión del hotel.

—Y los compañeros, ¿qué dirán?

—Nada; ahora verás.

X... llamó en el timbre eléctrico y poco después se presentaba el criado de comedor.

—¿Llamaba el señor?

—No, la señorita para que la sirvas la cena aquí.

—¿La señorita ha llegado? contestó el doméstico.

—¿No la ves, imbécil? exclamó X...

—¡Juliana! prorumpió el criado abriendo una boca de á cuarta.

—La señorita Juliana, tunante. Y anuncia á los criados que desde hoy ella es la dueña del hotel. Las naves quedaban quemadas.



Hacia mediados de Septiembre, recibíase en el hotel un telegrama de Araceli, en el que daba instrucciones á los criados para cuando llegase, que sería dos días después. Entre ellas encargaba que fuesen con el carruaje á esperarla á la estación.

Como puede suponerse estas órdenes, que recibía Juliana, quedaron sin efecto.

El día prefijado llegaba Araceli á la estación del Mediodía, acompañada del elegante, aunque pobre, vizconde del Matorral, con quien había hecho aquella larga expedición.

En vano buscaron sus ojos al lacayo que suponía la estaría esperando. Cansada de buscarle por el andén y después su carruaje entre los pocos que ya quedaban fuera de la estación, supuso que el telegrama, como sucede á menudo en España, no habría llegado oportunamente, y se decidió á tomar un coche de alquiler, en el que entró sola, despidiéndose del vizconde con cierto enternecimiento.

El carruaje partió, y media hora después Araceli se bajaba á la puerta de su hotel.

Salióle al encuentro el portero, que la saludó gravemente, lo que extrañó á Araceli, porque el cancerbero no tuvo ni una frase de bienvenida.

Intentó seguir hacia el edificio, y el portero, cual hacía siempre que llegaba visita, tocó el timbre eléctrico para anunciarla.

—Imbécil pensó Araceli, la costumbre le hace tratarme como si yo fuera una de mis amigas.

Siguió adelante y subió la escalera, empujando la puerta de cristales de colores que daba paso á la antesala.

El criado acudió al sentir abrir la puerta, y la saludó tan ceremoniosamente como el portero, yendo á abrir la puerta del salón principal.

—¿Qué haces majadero? exclamó un tanto irritada Araceli.

—Pase Vd., pase Vd., avisaré á la señora.

—¿La señora! ¿Pues quién es aquí la señora más que yo?

—Dispénsame Vd., pero nuestra señora es otra.

—¿Cómo? ¿qué?... ¿qué has dicho?

—Que... nuestra... señora... es... otra, contestó recalcando las palabras el criado con el ensañamiento propio de la gente ordinaria que ve caído al que un día reconoció como amo,

—Otra... otra... dijo Araceli, que empezaba á temblar sospechando algún revés horrible de la suerte.

Bien, continuó: avisa á tu ama que una amiga desea verla, y la espera en el salón.

El criado inclinó la cabeza, y partió.

Dos minutos después se abría la puerta del gabinete contiguo á la sala, y aparecía Juliana en admirable negligé.

—¡Juliana! exclamó Araceli... ¿qué es esto? Aquí todo ha cambiado. Tú tan elegante, otra señora dueña del hotel... vamos, explícame este misterio, porque nadie como tú debe saber la clave. ¿Quién es esa señora que aún no se presenta?

—Yo.

—¿Tú!

—¿Y qué, la extraña señora? Aquí había antes que Vd. una mujer... más guapa, según Vd. me ha dicho; X... riñó con ella por Vd., y Vd. se quedó en su lugar. Pues ahí tiene Vd. lo que ha sucedido ahora.

—¡Infame! Te has aprovechado de mi ausencia para robarme al hombre que amaba...

—¿Amarle Vd.?... Pues al hombre que se ama no se le abandona de la manera que Vd. lo ha hecho.

—¡La inocente montañesa! ¡La inocente Juliana! ¿quién había de decirlo!

—Señora, yo no he hecho más que aprovechar las lecciones que Vd. me ha dado. ¿No era yo una bestia, una tonta, una inocente, que no me habría de hacer nunca á las cosas de Madrid? Pues ya ve Vd. que no soy bestia, ni tonta, y que he conocido pronto lo que es Madrid.

—Tú, la montañesita honrada, la castísima Julianita, has venido á parar en ser la querida de un hombre que mañana te sustituirá, como es su costumbre, por otra.

—Difícil lo veo, señora

—¡Difícil! ¡Oh! si lo he de ver, si lo he de ver, rugía cada vez más furiosa Araceli. Así empecé yo, creyendo que el primer hombre que amé no me abandonaría jamás, y me abandonó. Después cedí mi cuerpo, si nó mi corazón, á otro, y también me abandonó; y cuando creía que ya mi carrera había terminado...

—Abandonó Vd. al que la había dado posición, fortuna y bienestar, ¿no es cierto?

Araceli inclinó la cabeza bajo el peso de aquella acusación tan justa como oportuna.

Luego, alzándola con arrogancia, exclamó:

—En fin, yo necesito oír de labios de su... amante de Vd. que me rechaza, y no me moveré de aquí sin hablarle antes. Veremos si una perdida...

En aquél momento se abrió la puerta del gabinete y apareció X...

—Manda echar inmediatamente de mi casa á esa mujer, exclamó como loca Araceli.

—Hay para eso una grave dificultad, contestó con calma y sonriéndose X...

—¿Una dificultad! ¿Pues quien lo impide?

—La ley.

—¿La ley! En este caso no hay más ley que tu voluntad.

—Es que yo ni tengo voluntad para ello, ni podría hacerlo, aunque la tuviese. Se necesitaría un paso escandaloso.

—¿Cuál!

—El divorcio.

—¿Cómo!

—Como que esta señora es mi esposa desde hace quince días.

—¿Su esposa! Estoy perdida.

—¿No, hija mía! No te ha encontrado alguno que contigo ha pasado tres meses por Italia y Suiza, donde te has estado oxigenando? Pues que él te ampare.

Araceli vaciló un momento cual si fuese á desmayarse.

Después, reponiéndose, exclamó con irónica sonrisa:

—¿Está bien! adios... señora; adios, caballero... la lección ha sido dura, pero yo confío en que el tiempo me vengará. Que sean Vds.... muy felices...

¡Ah! exclamó saliendo de la habitación, me ahogo, y sería capaz hasta de matarlos.

—¿Pobre Araceli! dijo suspirando Juliana.

—Esposa mía, la contestó X... no vuelvas á nombrar á esa mujer. Harto de verme entre las mallas de esas sirenas sin corazón, he querido huir para siempre de esta vida incorrecta que llevaba y asegurar mi felicidad al lado de una mujer que espero no ha de marcharse jamás á Italia á tomar nuevos aires, ¿verdad?

—¡Oh! yo aprendí mucho de ella; pero no tanto que pueda nunca seguir su ejemplo. Además, te amo, te amo... y ya sabes que nos espera el placer de vernos unidos y amados por alguien que empieza á vivir en mi seno.

—¿Juliana mía!

—¿Esposo de mi alma! Nuestro hijo será ligera cadena que unirá para siempre, más que lo están, nuestros corazones.

—Dices bien: vida nueva y nueva conducta. El calavera ha desaparecido: queda sólo el esposo amante y el honrado padre de familia. Olvidemos todo lo demás.

FIN.

NOVELAS PUBLICADAS

La mujer de dos maridos.—El cuarto de hora de una mujer.—Fanny, *historia de un amor desgraciado.*—Libia, *estrategia de un cazador.*—La última carta.—El tesón de un padre.—La venganza de un torero.

EN PRENSA

El señor de Giribaile.—En cadena perpetua. (*Primera parte.*)

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela *completa* y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 cénts de peseta

Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado 3 pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales 2.50 pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

ALFABETO ILUSTRADO.—BONITO LIBRO CON infinidad de cromos, paa regalos de niños y que puede servir para aprender á leer sin necesidad de maestro.—Precio: UN real.—Al comercio, dos pesetas la docena, franco de porte.—Los pedidos, remitiendo el importe en libranzas, á D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

MAPA ILUSTRADO DE ESPAÑA Y PORTUGAL por D. Guillermo Osler, con los escudos al cromo de todas las provincias y trajes de cada una de ellas.—En papel, 6 pesetas. Plegado en tela, forma cartera, 9. En medias cañas, forrado y barnizado, 12.—Los pedidos á los Sres. Simon y Compañía, librería, Infantas, 18, Madrid, y á la Administración de este periódico.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

